

DA SILVA NETO, SERAFIM.—*História do Latim Vulgar*. Biblioteca Brasileira de Filología, Núm. 13. Livraria Acadêmica. Río de Janeiro, 1957. [232 páginas.]

El desarrollo de los estudios filológicos en Brasil es considerable y sus frutos de excelente calidad. Mucho de ello se debe al infatigable trabajo del profesor Da Silva Neto, nobilísimo y sabio investigador.

El libro que nos ocupa es, sobre todo, informativo. Publicado en una colección de carácter didáctico, pretende hacer llegar a un gran público —el de los estudiosos brasileños— el estado actual de los problemas que afectan al latín vulgar. Vaya por delante que la bibliografía, abrumadora, está siempre consultada de primera mano, que cada cuestión está resumida según los resultados más convincentes y que nada de esto impide al autor —aquí o allí— la interpretación personal de los hechos.

En el prefacio de la obra se consignan las pretensiones del profesor Da Silva: «ficar a meio caminho entre a filologia latina e a filologia românica» (p. 8); por eso creemos que el libro resulta útil tanto para los romanistas, que en él encontrarán valiosos materiales de historia lingüística, cuanto para los estudiosos de la filología clásica, que podrán analizar las últimas consecuencias de unos antiguos estadios lingüísticos. Según nos dice el autor (p. 8), dos hechos fundamentales inspiran los principales teóricos de su obra: los problemas específicos del latín provincial y la continua evolución político-social de los romanos.

Naturalmente, el concepto de latín vulgar es el primer planteamiento que encontramos en el cuerpo de la obra. El resumen circunstanciado de nombres y teorías para designar el concepto de «latín vulgar» nos hace ver que se trata de uno de tantos bizantinismos en los que suelen caer nuestras humanidades. Tras tantas vueltas a un vacío nominalismo nos encontramos en el punto de partida: *latín vulgar, lengua hablada, sermo cottidianus, usualis, vulgaris, plebeius, proletarius, rusticus, inconditus, latin coloquial, corriente, conversacional, usual, etc., etc.* Y aún falta el término de *latín tardío* que, como sinónimo de *vulgar*, han querido usar —con manifiesta inexactitud— alguno de nuestros latinistas. Es curioso que tras tanto hablar y escribir, el profesor Da Silva Neto haga en su libro «historia del latín» (sin más etiquetas) y que al rotular su obra tenga que recurrir al viejo marchamo de «latín vulgar» como formulilla más clara, comprensiva y explícita que todas las demás. Si el problema de la terminología no es fácil de resolver, tampoco resulta mucho más hacedero indicar el contenido de cada uno de esos adjetivos. Bien lo ve el autor que, con un estilo muy expresivo y apasionado, expone las dificultades de resolver de una vez y para siempre los problemas de la definición.

La metáfora de Skutsch, repetida por Vendryes y Savj López, de que el latín culto es la superficie helada de un río y el latín vulgar la corriente movediza que subyace, sirve al profesor Da Silva Neto como punto de partida de su exposición. Y he aquí —¿habrá que conceder razón a Savj López? — que lo que se nos va ofreciendo no es otra cosa que historia del latín, desde el s. VII a. C. hasta el nacimiento de las lenguas románicas. Muy cautamente, el autor no escinde el latín en una serie de divisiones absolutas, sino que admite «cuatro matices da lingua corrente: familiar (latín das classes medias, dos *honestiores* influenciado pela *urbanitas*); *vulgar* (latín das baixas camadas da população, dos escravos), *gtrias* (militar, dos gladiadores, dos marinheiros, etc.), provincial» (p. 27), pero sin olvidar que es casi imposible limitar tales matices ni separar con rigor el *sermo familiaris* del *vulgaris* o de las lenguas especiales (ib.). Sin embargo, el señor Da Silva intenta discernir algunos rasgos de la lengua familiar (*auscultare* por *audire*, *fine* por *tenus*, *non* por *ne*, *cantare* por *canere*, etc.) de otros de la lengua vulgar (*maioris* en vez de *pluris*, de indicando materia y causa, *quod* iniciando oraciones sustantivas, perfecto perifrástico, etc.). Por lo que respecta al *sermo provincialis*, el autor señala su carácter arcaizante (p. 29), aunque estimo que la afirmación no puede ser rotundamente generalizada a todas las circunstancias y a todos los tiempos.

Un segundo capítulo trata de los problemas y métodos en la investigación del latín vulgar. Insiste el autor en la necesidad de precavernos contra el llamado «latín de asteriscos» (aduce casos como *anxia* y *perdonare*, atestiguados en latín, o ejemplos como *\*piscio*, *-onis*, donde la tilde de hipotetismo es absolutamente innecesaria) <sup>1</sup> y luego insiste en los complejos matices de la lengua hablada, según se trate de gentes de mayor o menor cultura o de distintos grupos sociales. Da Silva recoge con diligencia los distintos testimonios de *sermo rusticus* que hay en Varrón, Cicerón o Lucilio; los rasgos populares en la lengua de los cómicos, en Horacio, en Catulo y en Fedro; las correcciones de los gramáticos y las enseñanzas de las lenguas románicas. Con este último apartado viene a enlazar uno de los capítulos más trabajados del libro, el III: *O latim provincial e regional*. Analiza el autor

<sup>1</sup> En este capítulo se han deslizado algunas repeticiones: en la página 46 hay especies aducidas en la 27; en la 49, otras de la 28; en la 51, algunas de la 29; en la 54, ciertas de la 16.

la nivelación del latín provincial (más uniforme que el propio latín metropolitano), la simplificación del primitivo sistema gramatical entre las gentes aloglotas, la precipitación de las tendencias en curso y los calcos lingüísticos e interferencias de los sistemas puestos en contacto. Creo que sería útil exponer en la página 63 (en el período proto-romance son mayores las innovaciones en las provincias que en la *terra mater*) la descentralización del imperio y la aparición de los focos provinciales, que se convierten en núcleos de irradiación lingüística (Mediolanum, Lugdunum, Burdigala, Caesaraugusta, Emerita Augusta, etc). El autor, siguiendo a Bonfante, considera el latín provincial como de cuño esencialmente campesino; de ahí su arcaísmo. Teniendo en cuenta que la obra va dirigida a estudiosos brasileños, establece un oportuno parangón para indicar el arcaísmo de las provincias, sentido por los viejos tratadistas del portugués.

En la página 68, el profesor Da Silva insiste en el arcaísmo actual de las hablas regionales. Creo que hay que formular la doctrina con serias reservas: no siempre se cumple el pretendido arcaísmo. Todos los dialectólogos conocen los dialectos arcaizantes y los innovadores; éstos se dan de modo más claro en las regiones de reconquista. Un poco del mismo modo se comportan las zonas colonizadas (en las que junto al arcaísmo recalitrante surgen avanzadas innovaciones), con independencia de la fecha de su colonización, hecho aceptado hoy y que motivó la crisis y descrédito de la tesis de Gröber de los «sustratos latino-vulgares»<sup>1</sup>. Estas hipótesis y la referencia de Mohl aducida en la página 73 son parangonadas por el autor con los acontecimientos de la época de los Descubrimientos; sin embargo, el pretendido aislamiento de América y el arcaísmo del español —o portugués— allí hablado cuenta con objeciones de peso, sustentadas por el gran filólogo Amado Alonso. (Vid. *Estudios lingüísticos. Temas americanos*, pp. 10-13).

El desarrollo de los focos regionales trajo la *noua provincialis superbia*, con su reflejo preciso en la lengua. A los nombres enunciados en la página 78 habría que añadir —creo que con mayor significación que los aducidos— los del gaditano Balbo, el primer cónsul romano no nacido en la urbe, gran orador admirado por Cicerón, los dos Sénecas, Prudencio. Para los propios provincianos romanos existían peculiaridades dentro de la misma provincia. No me parece inoportuno recordar que el bilbilitano Marcial (de la Hispania Tarraconense) se sorprendía de la elocuencia bética: «facunda Corduba loquitur». Es lógico que las diferencias regionales tuvieran un claro reflejo en la estructura del vocabulario, según ha ilustrado Jud; lo que unido a los acentos locales, a las condiciones geográficas, a la naturaleza de las lenguas prerromanas dió origen a un principio de distinción que abocaría, en la época de las invasiones, a la fragmentación lingüística del Imperio.

Indudablemente, no podría ser igual el latín urbano que el campesino (referidos ambos a las áreas regionales): el primero, estrechamente ligado a la gran literatura latina y a las clases cultas, presentaría un alto grado de nivelación, mientras que el segundo quedaría un tanto abandonado a su suerte. El cotejo con la filología semítica es ilustrador. Hoy mismo entre los dialectos árabes, se sigue una ordenación muy distinta a la que practicamos los romanistas: hay dialectos urbanos (de Bagdad, de El Cairo, de Túnez, de Fez) y dialectos rústicos. Clasificación muy sensata si se tiene en cuenta el carácter nómada —todavía hoy— de muchas de estas gen-

<sup>1</sup> En la página 70 falta en el texto la nota 17; debe ir tras el Gröber de la línea segunda del § 26.

tes arabofonas. Por eso me parece útil el principio de trabajo que postula el profesor Da Silva: «E preciso establecer a historia externa do latim provincial, se quisermos penetrar-lhe a historia interna» (p. 83). De ahí que para el cabal conocimiento de los hechos haya que tener en cuenta unos cuantos puntos capitales: origen de los colonizadores, importancia del sustrato, contacto con gentes extrañas y grado de urbanidad o ruralismo.

El estudio de las fuentes del latín vulgar es muy demorado y preciso. Conveniría citar algún trabajo de cierta utilidad a este respecto: P. Galindo, *Eteria, religiosa galaica del siglo IV-V. Itinerario a los Santos Lugares* (Zaragoza, 1924); L. Rubio-V. Bejarano, *Documenta ad Linguae Latinae Historiam inlustrandam* (Madrid, 1955), y S. Mariner, *Inscripciones hispanas en verso* (Barcelona, 1952). Precisamente en este capítulo, por fuerza bibliográfico, da el autor una clara definición de lo que deberíamos entender por latín vulgar: «todos os graus da lingua não literária». Merece la pena señalar estas palabras, perdidas en una obscura nota (la de la p. 99).

El capítulo dedicado a la reconstrucción del latín corriente me va a permitir algunas observaciones de detalle. En la página 139, § 5, añádase aragonés *pica-raza* (influido por *pica*); en la 147, § 15, español *abedul*; en la 150, § 22, el español *búcaro* acredita mejor la impronta árabe por su P - > b; en las 152-3, § 27, hay que retirar el aragonés *espuña*, que procede de *esponda* 'terreno inculto y costanero' (Cfr. *espuéndolas*, *esponera*, *esponna*, etc., etc.); en la 156, h, añádase aragonés *coda*; en la 160 deberían aducirse los estudios de Rohlf's sobre la Italia meridional; en la misma página debe leerse aragonés *fuande* (¡no *huande*!). Por otra parte sería conveniente reordenar algunas páginas de este capítulo para evitar repeticiones innecesarias. Así: la página 161 tiene conceptos de la 127; la 162 de la 127; la 163 de la 127 y de la 126; la 164 de la 129; la 165 de la 130; la 166 de la 131; la 167 de las 131-132; la 168 de las 133, 134, y la 169 de la 135.

Sin salirnos de este apartado, llamo la atención sobre la caracterización del latín empleado por algunos autores. Son muy valiosos los informes sobre la lengua de Plauto y la de los *graffitti* pompeyanos (siguiendo a Väänänen), sobre los vulgarismos de las Cartas de Cicerón <sup>1</sup> y la expresión provincial de Catulo, sobre los elementos populares de Horacio (expuestos según el estudio de Bonfante) y la lengua de Augusto <sup>2</sup>.

Al final (pp. 221-225) se transcribe íntegro el *Appendix Probi*.

Por lo que he expuesto, el libro es de una gran utilidad. En alguna ocasión se podrá creer que es difuso. Quiero salir al paso de esta posible objeción. La situación universitaria del Brasil es muy otra de la europea: su Facultad de Letras más antigua fue fundada en 1939. Creo que aquí quedan aclaradas muchas cosas. El investigador consciente y sabio ha de rellenar todos los huecos de que se resiente la breve tradición; por eso en casa una de sus páginas ha de poner no sólo los frutos de su propia minerva, sin hacer la *misse au point* (doctrinaria, bibliográfica, etcétera) que sus lectores necesitan. Y en este sentido la obra del profesor Da Silva Neto cumple un hermoso ministerio: su información es de una compacta solidez, sus conocimientos bibliográficos vastísimos y de primera mano. Por todo ello auguramos al libro una afortunada andadura. Como así lo creemos vamos a formular dos deseos para futuras ediciones: es imprescindible un índice de palabras y muy nece-

<sup>1</sup> En la página 188, § 87, 5, aparece *imperativo*, por error seguro por *imperator*.

<sup>2</sup> Corrija-se la página 211: *Calligula* fue asesinado el año 41.

sario otro de autores. Ambos facilitarán mucho el manejo de un libro en el que se encuentra un inmenso acopio de datos.

Para terminar, una severa crítica, no dirigida al autor. El libro está impreso con muy poco esmero y plagado de erratas. Alguna muy grave. La enumeración de las que he anotado llenaría varias páginas. Es necesario recordar una vez más—nos lo contó en el siglo XIV don Juan Manuel— que el trabajo intelectual debe ser defendido, por todos los medios posibles, de la insensibilidad de los artesanos.<sup>1</sup>—*Manuel Alvar (Universidad de Granada)*.